

La división artificial adulta de los juegos infantiles en masculinos y femeninos

# ¿Y SI JUGAMOS NIÑOS Y NIÑAS JUNTOS?

Por: Diógenes Carvajal<sup>1</sup>  
e-mail: diogenescl@yahoo.com

**Las masculinidades y feminidades nos brindan libertad en cuanto a nuestro comportamiento como hombres o como mujeres; un niño no es lo que sus juegos, desde la construcción adulta, lo llevarían a ser; una niña tampoco. A un niño no debe matricularse en una masculinidad dominante ni a una niña en una feminidad dominante, entendiendo por ambos términos lo que se espera, socialmente, que haga un hombre o una mujer, limitando las posibilidades de construcción de cada uno como un ser humano antes que como hombre o mujer.**

**U**nas jóvenes se encuentran jugando básquetbol en la cancha del colegio. De repente un segundo balón entra en juego; se trata de unos muchachos que llegan a la misma cancha para jugar. Ellas les piden que se vayan porque ellas están jugando, y en respuesta ellos les botan el balón. Cuando ellas se retiran a buscarlo, ellos se apoderan de la cancha. Ellas, impotentes, se sientan a charlar.

Mientras tanto, otras muchachas están jugando palmas, muy ágiles, entonando un canto que, de lo rápido que es, casi no se entiende. A su alrededor hay varias niñas sentadas en pequeños grupos mirándolas o conversando entre sí. Cercana está la algarabía de dos equipos de muchachos jugando microfútbol, mientras un tercer equipo espera su turno para jugar contra el vencedor de la primera contienda.

Lejos de allí se lleva a cabo un partido de fútbol femenino. La mayoría de los estudiantes del colegio, hombres y mujeres, están atentos al partido. Se escuchan comentarios de los hombres burlándose de las jugadoras "porque no saben jugar", mientras que algunas muchachas, muy serias, dicen que ellas jamás jugarían fútbol porque ellas "sí son femeninas".

Al mirar hacia otro lado se ve pasar a varios niños de no más de 10 años jugando con pistolas de juguete, persiguiéndose unos a otros gritando *bang* y riéndose. Uno de estos niños casi tumba a dos niñas de edad simi-



lar que estaban jugando con un caucho entre las piernas a la altura de los tobillos, mientras una tercera saltaba entre el elástico estirado tratando de no enredarse. Luego los niños "pistoleros" pasan junto a otras niñas que juegan golosa pero estas no se inmutan<sup>2</sup>.

Este hipotético recreo, en el que se mezcla gran diversidad de juegos que, posiblemente, no se darían en un solo colegio al mismo tiempo, me permite dar un panorama rápido y amplio sobre los juegos que se ven hoy en día en los jóvenes de colegio, tanto hombres como mujeres. Esta diversidad de juegos no es nueva y, en muchos casos, no obedece a reglas planteadas por los estudiantes sino impuestas desde afuera. ¿De qué forma?.

Recuerdo cuando yo era estudiante. En un recreo, mientras estaba sentado en las gradas al lado de la cancha de fútbol de mi colegio, se me acercó una profesora y me dijo: "¿Por qué no juegas fútbol con tus compañeros?" Yo apenas tenía unos 13 años y estaba en octavo grado. En ese momento no sabía nada de género, ni de lo que algunos llamaron roles de género, ni mucho menos de la existencia de lo que algunos autores han llamado "masculinidad hegemónica". Pero esa pregunta me hizo darme cuenta de que yo estaba haciendo "algo mal". Entendí que yo no debía estar sentado en la gradería, sino que debía estar jugando fútbol con mis compañeros. ¿Por qué?, a mí no me gustaba el fútbol, pero mi profesora creía que debía gustarme. En ese momento no supe por qué, pero años después entendí: si soy hombre, me *tiene* que gustar el fútbol.

Hoy; mucho tiempo después, sé de la existencia del género y de las diversas teorías que dan cuenta de su construcción; también sé de las implicaciones que el estudio del género tiene y de la manera en que hombres y mujeres somos insertados en un conjunto de prácticas que hacen que seamos de una u otra forma. Pero también sé que no todo tiene que ser obligatorio. Y mi recuerdo de inicios de adolescencia es el ejemplo perfecto de lo que sucede: la clasificación de los juegos como para niños o para niñas, es artificial. Y son los adultos quienes hacen dicha clasificación y "atrapan" a los niños y niñas en ella y los mantienen allí el resto de su vida (quizá exagero). La mayor parte del tiempo funciona, otras no. En mí no funcionó.

Es casi imposible decir en qué momento de la historia los juegos infantiles se dividieron en masculinos y femeninos; para remitirnos al momen-

*Ya no hablamos de roles de género sino de identidades de género. Y dichas identidades dan cabida no sólo a lo masculino y lo femenino, sino también a otras alternativas de identidad de género igual de válidas: la homosexualidad, la bisexualidad, el transgenerismo, el travestismo, el transexualismo, entre otros.*



to actual, anotemos que dicha división es clara o, por lo menos, se ha mantenido casi sin modificaciones durante las últimas décadas: las niñas juegan golosa, palmas, caucho, con muñecas, casitas, a cocinar, a amas de casa, o se sientan en corrillos a conversar. Los niños juegan fútbol, básquetbol, se persiguen, brincan, gritan, con piedras, se empujan, se agraden, si el clima lo amerita se quitan la camisa, o molestan a las niñas. Por supuesto esto no sucede en todos los colegios. Más adelante veremos que, como siempre, hay una excepción a la “regla” (si es que se puede hablar de una regla).

La existencia de esta división de los juegos infantiles representa la división de las actividades sociales a las que deberán amoldarse niños y niñas cuando crezcan. Y obedecen más a roles de género que a identidades de género. Aclaremos un poco esto de roles e identidades: durante mucho tiempo se habló de la existencia de unos roles de género que determinaban lo que hombres y mujeres debían hacer en una sociedad. Dichos roles se daban por sentados y eran casi una esencia de las personas. Algunos roles atribuidos a las mujeres eran los de cocinar, criar a los hijos e hijas, cuidar al esposo, educar; mientras que a los hombres, básicamente, se les demandaba sustentar económicamente la casa. En pocas palabras, mujer del hogar, hombre del trabajo. Con el paso del tiempo y el aumento de la participación femenina en los diversos escenarios sociales, culturales y económicos, dichos roles se fueron desdibujando hasta lograr, hoy día, cierta paridad en los mismos: hombres y mujeres trabajan, hombres y mujeres crían a los hijos e hijas, hombres y mujeres educan, entre muchas otras cosas.

Ya no hablamos de roles de género sino de identidades de género. Y dichas identidades dan cabida no sólo a lo masculino y lo femenino, sino también a otras alternativas de identidad de género igual de válidas: la homosexualidad, la bisexualidad, el transgenerismo, el travestismo, el transexualismo, entre otros. Incluso, ya no se habla de lo masculino y lo femenino sino de las masculinidades y las feminidades, pues hay muchas formas de ser hombre y muchas formas de ser mujer. Pero no me voy a extender en este campo. Retomemos la idea inicial: ¿qué pasa con la división de los juegos infantiles en masculinos y femeninos?

Muchos adultos, especialmente quienes fueron criados en ambientes en los que los roles de género (no las identidades) tenían un peso fuerte en su formación, mantienen dichos roles y los “imponen” sobre las nuevas generaciones. Dicha imposición, involuntaria por cierto, se ve presente cuando se les dice a los niños que no pueden jugar con muñecas porque son las niñas las que juegan con ellas o, como en uno de los ejemplos del hipotético recreo, se piensa que si las mujeres juegan fútbol no son femeninas. Estas divisiones artificiales de los juegos se mantienen firmemente en primaria y los primeros grados de secundaria, particularmente en colegios mixtos. Por el contrario, en los últimos años de secundaria, en especial en colegios de un solo género, hay mayor libertad al respecto,

sobre todo en las mujeres: encontramos mujeres jugando fútbol y otros deportes que antes les estaba “vedados”, pero es difícil encontrar hombres jugando juegos considerados femeninos o, incluso, es raro verlos sentados en corrillos en el recreo hablando.

Aquí hay una tensión de fuerzas entre quienes se mantienen en los roles de género y quienes entran a las identidades de género. Los primeros consideran que los juegos que lleven a cabo niños y niñas determinarán su masculinidad o femineidad futura. Los segundos plantean que los juegos no determinan una identidad masculina ni femenina sino que, por el contrario, pueden convertirse en factores clave que lleven a la construcción de masculinidades y feminidades no excluyentes. Es decir, un niño que juegue con niñas juegos “femeninos”, puede llegar a tener mayor sensibilidad que otros niños sin dejar de ser masculino. O una niña que juegue con sus compañeritos deportes fuertes y de competencia, seguramente tendrá mayores habilidades corporales que sus compañeras, pero no dejará de ser femenina.

Las masculinidades y feminidades nos brindan libertad en cuanto a nuestro comportamiento como hombres o como mujeres; un niño no es lo que sus juegos, desde la construcción adulta, lo llevarían a ser; una niña tampoco. A un niño no debe matricularse en una masculinidad dominante ni a una niña en una femineidad dominante, entendiendo por ambos términos lo que se espera, socialmente, que haga un hombre o una mujer, limitando las posibilidades de construcción de cada uno como un ser humano antes que como hombre o mujer.

Este es el punto en el que quienes tienen a su cargo la educación de las nuevas generaciones asumen un papel preponderante; manteniendo la división de los juegos entre femeninos y masculinos, y forzando a los niños y niñas a involucrarse en esa dinámica (siempre pienso en la profesora que me quería obligar a jugar fútbol), no haremos más que mantener la división de unos roles de género supuestamente esenciales y predeterminados, restringiendo la construcción de unas identidades de género que, con seguridad, serán más equitativas en las relaciones que construyan con los demás géneros, sea cual sea la opción de cada quien. Y dicha equidad llevará a mayor tolerancia a la diferencia y a mayor inclusión social.

¿Es posible hacerlo? La próxima vez que vea a una niña o a un niño disputándose porque cada uno considera que el juego del otro es “para niñas” o “para niños”, métase en el juego y pregúnteles: “¿y si jugamos niños y niñas juntos?”

<sup>1</sup> Psicólogo; investigador del Laboratorio de investigación y desarrollo sobre informática en educación, Universidad de Los Andes; ex investigador de la Línea de Género y Cultura del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central.

<sup>2</sup> Este recreo hipotético y las reflexiones de este artículo están basadas en parte del material de campo del Proyecto Arco Iris: una mirada transformadora a las relaciones de género en la escuela, llevado a cabo por la Línea de Género y Cultura del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central, con la cofinanciación de Colciencias, la Consejería Nacional para la Equidad de la Mujer, las fundaciones FES y Restrepo Barco, y la misma Universidad Central. El proyecto estuvo dirigido inicialmente por Ángela María Estrada y posteriormente por Carlos Iván García. En dicho proyecto participé como investigador asistente, junto con Darío Muñoz.